

LA NOVELA DE HOY



30  
CTMS.

ELLA ES ASI  
por E. Ramirez Angel





LEA USTED

# MUCHAS GRACIAS

*Revista cómico-satírica*

DIRECTOR: ARTEMIO PRECIOSO

# MUCHAS GRACIAS

es el periódico más ameno y más leído de España.

# MUCHAS GRACIAS

cultiva en sus páginas todos los matices de la sátira.

## REDACTORES Y COLABORADORES

*Julio Camba, Muñoz Seca, Eduardo Zamacois, Felipe Sassone, "El Caballero Audaz". Alberto Insúa, Emilio Carrère, Artemio Precioso, Joaquín Belda, Fernando Luque, "Juan Ferragut", Francisco y Antonio Graciani, Alfonso Vidal y Planas, Mariano Benlliure y Tuero, Mariano Tomás, José Bruno, F. Martínez Corbalán, Díaz-Antón y otros.*

## DIBUJANTES

*"Demetrio", Picó, Bellón, Puig, Bluff, Mihura, Enciso, Moliné y otros.*

# MUCHAS GRACIAS

*justifica su título, y su precio es el de*

TREINTA CENTIMOS EJEMPLAR

# LA NOVELA DE NOCHE

publica en su número 38 un emocionante relato, lleno de apasionadas escenas, que lleva por título

## La mujer que quiso ser águila

Es, a no dudar, la obra maestra del siempre amenísimo novelista

**Fernando Mora**

Ilustraciones de BALDRICH

U N A peseta ejemplar

# Editorial ATLANTIDA

## OBRAS DE W. FERNANDEZ FLÓREZ

*La procesión de los días*, novela (3.ª edición).

"*Volvoreta*", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

*Ha entrado un ladrón*, novela (5. edición).

*Las gafas del Diablo* (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

*El espejo irónico*, ensayos humorísticos (segunda edición).

*Acotaciones de un oyente*, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

*Tragedias de la vida vulgar*, cuentos (segunda edición).

*El secreto de Barba Azul*, novela (12.º millar).

### CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

*Visiones de neurastenia* (2.ª edición). Cuatro pesetas.

*Silencio*, novela (edición popular, 2 pesetas).

### EN PREPARACION

*Las siete columnas*, novela.

*Pedidos a Mendizábal*, 42, Madrid.

En nuestro próximo  
número publi-  
caremos

OLIVIA, LA  
GENIAL

POR

Rafael López de Haro

Ilustraciones de Varela de Seijas

# LA NOVELA DE HOY

DIRECTOR: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: Mendizábal, 42.—Teléfono 24-53 J.—Apartado 478

Año IV

Madrid, 9 de octubre de 1925

Núm. 178

# ELLA ES ASÍ

NOVELA POR

EMILIANO RAMIREZ ANGEL

ILUSTRACIONES DE QUINTANILLA

*LEON GONZALEZ*



MADRID

IMPRESA ARTÍSTICA SÁEZ HERMANOS

NORTE, 21

1925

E. Ramirez Angel

SONETO SEMBLANZA

Emiliano, un momento, se ha asomado  
al *balcón de los pájaros*, y sueña;  
su ensueño es canto, y con su canto enseña  
trinos más dulces al concurso alado.

*Caperucita López* ha cruzado,  
con su carita pálida y risueña,  
la calle silenciosa, y su pequeña  
figura en la penumbra se ha esfumado.

El lobo está en el bosque; mas no puede  
el poeta evitar lo que sucede,  
y en duro gesto de su mano dura

se estruja el corazón, la sangre brota,  
y al manchar el papel, es cada gota  
un raudal de emoción y de ternura.

Mariano Gómez



1



os tres mozos, cada cual con los prismáticos encajados bajo la frente, miran ávidos. El viento que viene de lo más azul de la mar parece empujarles rudamente, para que se marchen de allí y cesen en su ace-

cho, del que la gente de la playa se ríe, a la sombra de cestos y quitasoles. Realmente, vistos así, en fila, tan currutacos, tan dóciles al sastre, tan pendientes del juego de la pleamar, afirmadas las piernas, abierta con estupor de pico la boca, incitan a la carcajada. Llena de la sal y de la espuma de las olas debe tener María Victoria la risa al divisarlos chiquititos, uniformados por la inmovilidad. ¿Le interesa, en suma, alguno? Tal vez no lo sabe, ni le importa. Aquel verano ha decidido tomar en serio su papel de esfinge, y está resuelta a no exteriorizar preferencias ni desvíos, convencida de que en toda mujer joven y bonita lo menos peligroso para ella es el silencio. María

Victoria, que gusta de leer siempre en libros, en ojos, en costumbres, en paisajes, tiene muy presente la frase del filósofo: “Nunca me he arrepentido de haber callado; sí de haber hablado”.

Francisco, al lado de Lázaro, taconeaba nerviosamente, y su planta, firme y robusta, se hunde en la arena reblandecida por el agua. Lázaro, cerca de Santiago, no advierte que las olas, acercándose, se filtran bajo sus pies, socavándole el terreno y mustiando sus rutilantes zapatos de gamuza. Santiago corrige a cada instante el punto de mira, mientras el humo cargante de su cigarrín egipcio, dorado en la boquilla, sigue promoviendo delante de los cristales el veleidoso ataurique de sus volutas. Por encima de los tres *tiburones* estos, una gaviota va y viene solemnemente y se interna en la mar, en la que hunde el pico, acaso para atrapar alguna de aquellas risotadas femeninas que tanto alborotan el alboroto de las aguas.

De pronto surge Modesto Sancho, el más menudo de la cuadrilla. Viene sudoroso y jadeante, tropezando aquí, saludando allá, a punto de caer sobre un túnel de arena, amenazando llevarse prendida en los acelerados pliegues de la americana un cesto con su parejita. Sobre la nariz le tiemblan los lentes; los lentes gruesos, de miope, dan a su fisonomía un cohibido gesto de hombre que se maravilla por todo.

—Buenos días, señores—murmura, requiriendo sus gemelos, enormes, provocativos, capaces por su insolente silueta, no de acercar las cosas, sino de pulverizarlas.

Los tres amigos apenas le responden.

—¿Salió ya del baño?—interroga.



—Entonces, ¿qué íbamos a hacer aquí en esta postura?—amonesta alguno.

—Enmudece, *Sanchico*—le previene otro—, y ve instalando tu batería. ¿Trajiste hoy trípode o plataforma para tu aparato?

*Sanchicó*, sin otorgar importancia al tono desdeñoso con que se le está hablando, asesta la primera mirada hacia el horizonte azul y verde, en busca de la mujer que desde hace pocos días le trae más trastornado que en ningún otro estío. Sobre la superficie, lustrados por el sol, se agitan los gorros de las bañistas, que desaparecen periódicamente bajo la dentellada invasión de las olas. Entre los puntitos rojos, azules, anaranjados, *Sanchico* se desoja, enardeciendo su presbicia. Cuando el agua, impelida, desciende y se sume unos segundos, él busca el busto resplandeciente de María Victoria, modelado mejor que nunca por el modisto prodigioso del océano; pero su afán es inútil. El afán en él es otra ceguera, otra miopía cruel e inexorable. Si consiguiera dejarse en el cuarto del hotel su genio vivo, vería mejor, aun sin catalejos.

Con brío de descarga eléctrica se conmueven a la par los cuatro vigías. María Victoria sale del baño. Ha nadado mar adentro, sola y brava, como una sirena, y ahora viene hacia la playa con pomposa lentitud de aparición. Confabulada, que no cubierta, con el ropón de felpa, la ventolina diseña en su cuerpo las frágiles gallardías escultóricas de la mutilada de Samotracia.

Acude la gente y, con ella, los cuatro caballeros de los prismáticos. María Victoria les acoge con una sonrisa, y prosigue su marcha entre un reguero de

pupilas relampagueantes y bocas scarradas. Deja tras de sí una estela de silencio, de estupor, que es su más esclavizado pajecillo. Huele a alga, a inmensidad, a juventud, a vórtice, a mañana de sol...

Mientras sale de la caseta, en torno de la cual pululan, más o menos discretamente, sin zumbido, diversos abejorros bien trajeados, los cuatro amigos se recuestan sobre el arenal.

—A mí no me queda más remedio que gritarlo: me gusta cada minuto un mucho más—proclama Lázaro.

—Tiene perfil de proa, perfil de moneda, de pájaro y de bruja—expone Francisco—. Yo estoy dispuesto por ella a todo: a piratear, a extraviarme, a ser más bueno que nadie y más canalla que todos.

—A mi noche—exclama Santiago—le faltan dos estrellas, que son sus ojos. No os riáis, porque yo, que no tengo nada de poeta idiota, cuando veo a esa mujer se me llena de romanticismos la boca. Menos mal que tengo unos buenos puños para quitarle al que sea el gusto de burlarse de mí.

—Pues yo—añade Modesto Sancho, al que los de su clan le llaman *Sanchico*—os prevengo que, sin bíceps ni pantorras de deportista y sin cursilerías de Juegos Florales, estoy terminantemente resuelto a llevarme a María Victoria. Tal vez es un poco demasiado hermosa para mi porvenir, el que pienso edificar con ella; pero sé que me gusta y que me conviene. En todo madrigal se esconde una operación aritmética. Echadas mis cuentas y analizados mis deslumbramientos, me he convencido de que María Victoria ha nacido para mí.

—Falta por averiguar—replica Lázaro—si tú le vienes a la medida. Tómate la molestia de pensar si no

seré yo su sueño; un sueño así, arrogante, sin mucha retórica; un sueño que sea todo un hombre.

—Ella decidirá—resume Francisco.

—Si no acabamos nosotros mismos por resolver—murmura sombríamente Santiago.

Entonces *Sanchico* protesta:

—¡Quiá, bobo! Lo mejor de esta avenencia nuestra es que María Victoria nos une, en vez de separarnos. Si los hombres nos hemos arrogado el derecho de escoger, concedamos a las mujeres el desquite de eliminar.

Callan de súbito. Acaso, allá en el fondo de su capricho, que pugna por ir madurándose en pasión, palpita y se recata un boceto de odio recíproco. No han hallado fórmula mejor para no aniquilarse entre sí que su docilidad en someterse al veredicto de la, antes que disputada, elegida. Alguno de los presentes recuerda que ya Oscar Wilde dijo esto: “Los hombres se casan por cansancio; las mujeres, por curiosidad”... A ver en quién de ellos recae la curiosidad de la chiquilla.

---

---

## II

—Ahí viene—avisa uno, el más avizor.

Como picados por la víbora del sobresalto, vuelven la mirada a un tiempo. María Victoria, blanca, toda resplandor, infierno la sonrisa, gloria los ojos, aire el paso, conmueve la playa, hirviendo de chiquillos, bajo el trueno intermitente del oleaje. La mano de la muchacha, suave y sutil como un retal de la brisa, es golosamente estrechada por los cuatro caballeros. Con María Victoria viene la señora de compañía, cuyos ojuelos sagaces han dragado sin fatiga en el corazón de todos ellos.

—¿Vámonos de aquí?—propone la muchacha con su volubilidad de costumbre—. Aquí no hay más que *flirteo* sandio, cura de aire y de sol, hombres que se vienen a las playas a ver mujeres menos ligeras de ropa que en las noches de abono, y nenines que alegrarían más si estuviesen entre rosas...

Los cuatro caballeros se ponen en marcha. Aquella mujer les subyuga así, tan ágil de pensamiento como de ademán, rara e infrecuente además de hermosa. La conocen, unos de antiguo, allá en la Corte; otros, de ahora, vecinos de hotel. A todos les habla María Victoria sin gazmoñerías ni tampoco desenfados; y,



alternativamente, a la vez que parece distinguir por igual a todos, se cuida de demostrar que no le arrebatara ninguno.

—Vámonos hacia la gruta, por donde está el castillo.

Y, volviéndose hacia el más rezagado, que suele ser *Sanchico*, cuyo pie se enraiza en la arena, dificultándole el paso, pregunta con voz buida y blanda, estilete y bálsamo a un tiempo:

—¿Traen ustedes hoy muchas ganas de enamorarse?

—Es usted terrible y adorable—se apresura a responder Francisco, el taciturno.

—¡Bah! Soy una mujer.

—El único peligro que vale la pena de exponerse—afirma Santiago, el impetuoso.

—¡Quiá!—agrega entonces Lázaro, audaz, frívolo, engreído con su fama de cazador de dotes—. Toda la fortaleza de las mujeres depende exclusivamente de nuestra debilidad de hombres. Por eso no hay juego más entretenido que el del desdén con el desdén.

Le toca el turno a *Sanchico*, y arriesga su baza:

—Aparte del refrán aquel que dice: “El hombre es fuego; la mujer, estopa; viene el diablo y...”

—Y el diablo, que es muy listo, no siente ganas de soplar, y se acabó el negocio—concluye María Victoria, riendo—. En estas cosas entre hombres y mujeres, tanto juguetean el diablo como el ángel. Los dos son traviesos, y los dos nos hacen trastadas inolvidables. Pero—continúa en repentina transición, como olvidándose de lo que acaba de decir—¡qué hermoso está esto hoy! Miren y pásmense.

Empieza allí el bosquecillo, hosco y medieval, en-

galanado a trechos con cortesananas sonrisas de parque. Viejos olmos, álmece robustos, plátanos que hacen verdoso el aire, como de acuario, ensombrecen el día. En el suelo, copiosos redondales de sol fingen una flora de estrellas. Allá en lo eminente de las ramas, ocultos entre el artesonado frondoso, pululan los gorjeos y el aire fragante es una melodía.

En el fondo de una avenida de tamarindos, en cuya trama se enredaron los dardos de la luz con profusión de luciérnagas, espera un banco, amarillento y prócer, de mármol. Parece haber sido en otros tiempos pulimentado aristocráticamente por el raso y la elegancia de guardainfantes y crinolinas. Guarecido bajo la penumbra, invita al grupo de estampa, al idilio entre de Grecia y de Versalles.

María Victoria se sienta en él. Doña Irene, la dama de compañía, maestra en el duro arte de escuchar, da principio a su labor prolija: un pañolín que está bordando con ensimismamientos primorosos de doncella.

Los cuatro amigos, sin osar sentarse junto a la muchacha, se quedan en pie frente a ella. Santiago, el más firme en su ufanía, resuelve sentarse de golpe, a usanza oriental. Los otros no tardan en imitarle, quizá presintiendo que en aquella actitud, su modo mismo de mirar a la difícil mujer, se aproximará mejor al homenaje.

Por espacio de unos segundos sólo se oye el destinado trino de las aves. En una glorieta cercana, otro pájaro cautivo, el agua, gime como un ruiñeñor ciego. Lejanamente resuena la porfía de la mar, clamorosa, larga e inconsolable.

—Vamos a ver: destáquense ustedes, ¡por Dios! Defínanse, mire cada cual a su modo y personalmen-

te... ¡Uf! Viéndoles ahora así, con la misma cara todos ustedes de embobados, se me antojan igualitos... Llevan ustedes el pensamiento de uniforme. ¡Qué horror!

Al son cristalino de la risa, unos pajarillos cercanos arrecian, ingenuamente, en su greguería.

—Yo no sé mirar de otro modo—dice Lázaro.

—Es que éste me imita—dice Santiago.

—Tal vez los cuatro no sabemos mentir, y la verdad, nuestra verdad única, nos dé cierto aire de hermanos—dice Francisco.

—Precisamente—resume *Sanchico*—, esa igualdad que usted nota en la mirada de todos nosotros es la prueba más expresiva de nuestra unanimidad. Porque todos, los cuatro, estamos conformes en una cosa: en que es usted irresistible.

—Pero, Dios mío, por mucha que sea mi buena voluntad, yo nunca podré querer a ustedes cuatro... ¡Floja empresa será querer a uno solo!

Los candidatos callan, sintiendo que su corazón se rebulle, alguno fatigado de la comedieta, alguno renaciendo, alguno despertándose por primera vez.

—Santiago—continúa, la impenetrable, sin acabar de ponerse formal—, usted es un hombre bravo, fuerte, impulsivo, y creo adivinar que le gusta conseguirlo todo en seguida.

—Cierto—asiente él—. La impaciencia es lo único que convierte en atajos a los caminos.

—No lo sé. Quizá. Usted me ve no mal agraciada, joven, con cuatro trapillos bien puestos... Usted tiene el propósito de quererme. No me replique; en usted, el amor ha de ser una especie de calentura, y a mí todo lo eruptivo me inspira poca confianza; general-

mente, dura poco. ¿Por qué no me hace usted el honor de quedarse ciego? Si fuera usted ciego, se iría enamorando de mí poco a poco, y me querría por el color de mi voz y el consuelo, sin más requilorios, de mi presencia. Sabría usted lo que dicen los pájaros, el aire, las fuentes y las estatuas, e iría usted *saboreándome* como un agua clara y fresca. Con su ceguera sería yo tan dichosa como usted, porque nunca dejaría de parecerle bonita.

—Pero...—arguye el aludido.

—Usted—le dice a continuación María Victoria a Francisco—, ¿qué joyas buscaría para ensalzarme lo bastante a sus ojos y a los de los demás? No sé si me equivoco; pero usted, un poco encerrado en sí mismo, tan atildado en sus modales y tan desdeñoso de lo ordinario y soez, prefiere las riquezas a las humildades. ¿En qué magnífica noche de verano, en qué gruta submarina, en qué puesta de sol están tallando las piedras con que acabaría usted de encontrar arrogante mi cuello?

—Perdóneme, ante todo, que reconozca que el hechizo de usted no necesita colaboraciones ni complicidades de ningún artífice. Pero Dios, al crear a la mujer, no olvidó tampoco las galas que debían velar por su hermosura. Todo cuanto en el mundo haya me parecerá siempre poco para usted. Yo cubriría de rubies sus dedos y rociaría con polvo de oro su cabello, como lo llevaba Belkiss, la reina de Saba y de Axum; yo la pondría a usted en un trono de marfil, como el que tenía Salambó, cubierto de pieles de lince y cojines de plumas de papagayo, y le prendería unos largos agujones de plata “que formasen un sol detrás de su cabeza”, y bajo el manto de púrpura me

embelesaría en amontonarle sobre el seno las arracadas de carbunclos que ella lucía... Yo escogería para usted, como Herodes anhelaba para Salomé, mis cincuenta pavos reales más blancos, los del pico iluminado con oro, y las perlas "como lunas ensartadas en plata", y los ópalos "que arden siempre con una llama fría como el hielo", y los berilos, y los zafiros, dentro de los cuales "vaga el mar", y el cofre de nácar repleto de crisopacios, y calcedonias, y turquesas, y piedras de luna "que cambian cuando la Luna cambia, y palidecen cuando ven el Sol"...

—¡Bravo!—interrumpe María Victoria—. ¿Es usted poeta?

—No—declara simplemente Francisco—; es que he leído un poco y tengo alguna memoria...

—Pues bien; agradeciéndole su buen deseo con todo el calor que merece, dígame: hay una fuerza que me seduce exquisitamente; un vigor que tanto compromete al músculo como a la fantasía... ¿por qué no prueba usted sus energías doblando árboles y azuzando a los vientos, empujando fuera de sí a las malas horas, impidiendo el avance de las noches tristes? Mate usted a la hidra y al dragón, y ponga su mano, tan hábil en los deportes, sobre la frente del niño, para que no conozca el castigo de crecer y llegar a hombre; cave alrededor de los rosales para que no se sequen en invierno; arranque y refuerza y ablande como cera los tablones de un ataúd y tráigamelos convertidos en una cuna...

—Pero...—objeta el ambicioso.

—Y usted—torna a proferir María Victoria, encarándose con Lázaro—, siempre ocurrente y decidor y frívolo, que parece hallar en el amor un pasatiem-

po, y en la rebeldía un peligroso exceso de bilis, ¿qué busca en mí?

—El juguete más entretenido para ese muchacho, eternamente descontento, que es el hombre; la compañera que habrá de traerme todas las dulces manzanas de todos los Paraísos; la Dalila que me deje crecer los cabellos para después gozarse en cortármelos; la sal para mis insípideces, el cascabel para mis soledades, la risa nueva para mis carcajadas viejas...

—Eso, que parece mucho, es bien poco, amigo... Hágase tristón y húndase en el mar, para que me cuente usted lo que ha visto de enorme y de misterioso; explore el corazón de una mujer, y dígame qué vió en aquel laberinto. Echese por el mundo en busca de años, y vaya a ver qué hay detrás de cada horizonte, y de cada mañana que nace, y debajo de cada ojo que duerme. Y cuando me traiga noticias de todo esto, que no me negará usted que han de ser sensacionales...

—Entonces... ¿qué?—inquire el despreocupado.

—Entonces... veré si no me resulta empresa muy fatigosa el ir pensando en hacerle caso a usted.

Nueva carcajada de la extravagante. *Sanchico* se ciñe las caderas, tronzado de burla al contemplar la confusión de su contrincante.

—Y a mí—interpela él—, ¿qué me pide usted, María Victoria?

—A usted, que cuando anda va apartando con el junquito las piedras que pueden hacerle tropezar; a usted, que se esmera tanto en el corte de su traje y ha de sostener unos cristales para ver algo de lo mucho que nunca sabemos mirar por este mundo, aprenda

a caminar de rodillas. Ya sé que ello le ha de costar algún trabajó, y hasta que no faltará quien se ría al verle así. Pero yo sueño con un hombre que vaya por la vida como si estuviera delante de un altar, de un retablo, de una aparición. ¿No ha visto usted aun cómo crece un tallito de hierba? ¿No han alcanzado sus ojos esa pleamar de la lágrima, que nace no sabemos cómo, por qué borrascas, y gota a gota, se trueca en manantial, en río, en torrente, en inundación? Puesto de rodillas, usted sentirá más de cerca musiquitas, rumores, voces, suspiros, murmullos que los hombres que cabalgan o que suben gradas y peddaños no atinan a percibir. Puesto de rodillas, todo lo que usted se encuentre por la vida le parecerá más alto y más inaccesible, y querrá lograrlo, con lo cual tendrá usted siempre mucho que hacer. Y la vista se le irá afinando, y penetrará en la caverna de las intenciones, y se aventurará por los subterráneos de las embusterías, y conocerá las raíces y las firmezas de las verdades que están lejos del alcance de los zahoríes, y atormentan al sabio, al poeta, al ciego, al triste perdido que no aprendió a orientarse...

—Pero...—replica *Sanchico*, no menos desconcertado que sus camaradas—, usted es terriblemente exigente. No la entiendo, y me inspira usted, con la devoción, miedo. ¡Bien dijo alguien que más que al odio de un hombre debe temerse al amor de una mujer!

—¡Bah!—dice María Vïctoria, levantándose—. Las mujeres no somos nunca sino lo que ustedes, los hombres, quieren que seamos. ¿Quién me acompaña? Vamos, doña Irene, al castillo. Hoy me siento horrorosamente romántica.

—Es tarde ya, y se acerca la hora de comer...—previene la dama.

La chiquilla se detiene, mordiéndose los labios hasta arrancarse de ellos, como de una corola, una gota bermeja.

—¡Qué rabia!

Y se vuelve hacia los cuatro escuderos, pajes, falderillos, en cuyo semblante se pinta la ansiedad.

—¡Qué rabia! ¿Por qué hemos de ser tan prosaicos, que haya que renunciar a las cosas bonitas para hundirnos en el horrible *consommé volaille* y en el fastidioso *vol-au-vent a la reine* del hotel? Llore usted, *Sanchico*. Arroje esos lentes atroces que van a leer el *menú*...

Le da un capirotazo, y los cristales, relampagueando, van por el aire. Los otros se ríen, sin recato, y emprenden la marcha. El pobre *Sanchico* se inclina a recoger sus espejuelos, extendiendo las dos manos con vago ademán de náufrago. María Victoria, rezagada junto a él, le desliza al oído:

—Mañana, por la tarde, le espero en el castillo. Vaya usted solo...

Al día siguiente, Modesto Sancho, embutido en el más flamante de sus ternos, manejando el junquillo, al que hace girar entre sus dedos regordetes, sigue la misma senda hacia las ruinas donde le ha citado la extraña mujer. El pobre *Sanchico* no acaba de explicarse su psicología. Le parece *mucha extravagancia* aquella. Desde luego, reconoce en María Victoria cierta distinción espiritual, unida a una evidente elegancia de porte y de gesto. Pero le seduciría definitivamente que María Victoria fuese menos *novelera*, más apacible y aburguesada de genio; que no se mostrara tan coqueteadora y tan incitante, tal voltaria y tan marisabidilla... Si se casa con ella—porque para algo le ha citado—, si se casa con ella ya cuidará él de refrenar su fantasía, peligrosamente inflamable, y de convertir el espumoso torrente de su genio en un río mansurrón y transparente sin turbulencias ni sobresaltos. *Sanchico* sueña para su casa con una compañera apacible, que no inquiete ni se inquiete, que no lea mucho, ni sueñe mucho, ni le pida mucho a la vida, tan parca para dar como severa para exigir...

A la entrada del abandonado parque, allí donde la vereda principia a serpentear, el mozo se detiene y

consulta su relojito de pulsera. Son las cuatro de la tarde. Aunque María Victoria no le ha fijado hora, él supone que no habrá de retrasarse. Con furia de batán le palpita el corazón, que *Sanchico* siente impetuoso y anhelante debajo de sus pulcras ropas finísimas. ¿Qué sorpresa le tiene reservada esta María Victoria, versátil, caprichosa y rara? Desde allá adentro, por entre su ropas confeccionadas tan primorosamente, *Sanchico* percibe una voz melodiosa que le dice: “María Victoria va a acceder a tus pretensiones; María Victoria se rinde, al cabo, a tu afán. Eres el elegido.” Y ya se imagina al lado de ella, cogido de su brazo, envidiado por muchos hombres, admirado por otros, bien retrepada la pareja en un magnífico auto que se desliza sin ruido ni impacencias, porque la vida, para los seres felices, es serenidad...

Un reloj remoto da una hora. *Sanchico* comprueba que va atrasado; después, sin renunciar a sus juguetes con el bastoncillo, se sienta a la sombra de un fresno.

La tarde está bochornosa; no sopla apenas la brisa del mar, por lo común viva y perfumada. Entre la espesura del bosque brilla aquí y allá algún tronco, lo mismo que un fuste de alabastro. Sobre el césped se ha posado y tiembla, con inseguridad de mariposa, un cuajarón solar. Cerca de *Sanchico* las hormigas van y vienen, formando un reguero presuroso. Las chicharras agitan sus sonajillas con fruición tan persistente, que el aire es un chasquido.

El caballero, no sabiendo qué hacer, desdobra un diario local y se aplica a leer la crónica mundana, en busca de nombres conocidos. Ya le intranquiliza la tardanza de María Victoria.

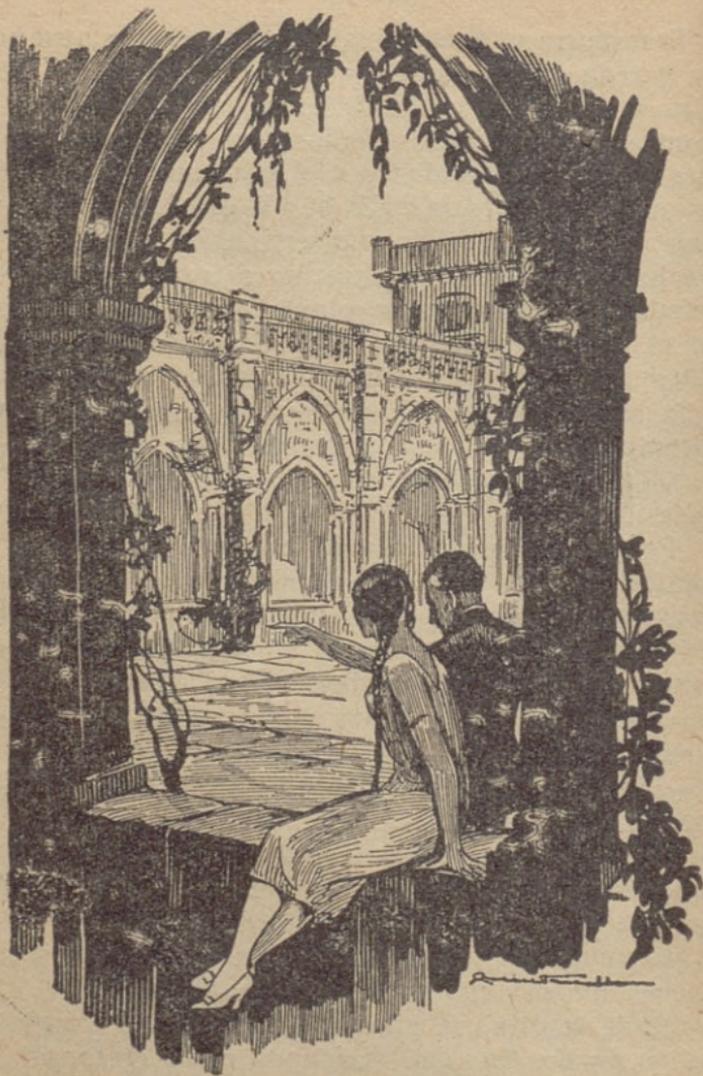
Transcurre el tiempo blandamente. Suena otra hora. La vereda, antes dorada, comienza a enrojecer. Frescura de cisterna brota de entre los árboles. Ya los troncos van apagándose; ahora son algunas copas las que arden, arreboladas por el poniente. ¿Qué le ocurre a María Victoria? ¿Si habrá querido hacerle víctima de sus veleidades y divertirse otro poco con él? Sordo desaliento, muy parecido al rencor, va secuestrándole. Un gorrión se planta en el banco, delante de él, con granuja osadía, y *Sanchico*, iracundo, le ahuyenta de un bastonazo. Oyese entonces una risotada, como si el bosque entero se burlase de tanto furor contra una avecica tan menuda; y, a los lejos, seguida de doña Irene, surge la esperada María Victoria...

¡Por fin! La puesta de sol va borrándolo todo, esfumándolo con vaguedades misteriosas. *Sanchico* se descuelga los lentes y, henchido de filosofía, se pone a limpiarlos con su pañuelo de seda. Ha de recurrir a toda su flema para no desbarrar. El *plantón* ha sido mayúsculo. ¡El, que adora sobre todas las cosas la puntualidad!

—Ya estoy aquí— exclama ella, tendiéndole la mano.

*Sanchico* la contempla; se la come con los ojos y con los lentes. Ya su mal humor ha desaparecido. Aquella mujer hará de él lo que se le antoje.

¿Es una nube, un jirón de crepúsculo, la túnica que apenas modela el busto de la gentil chiquilla? Viene escotada, y sobre la nuca le cae el macizo cabello, dividido en dos trenzas. ¿Organdí, *crêpe marocain*, *tafetás*? De aquel borbotón, leve como espuma, emergen los brazos, largos, ondulantes, lianescos... María



Victoria está encantadora. *Sanchico*, que es un *gourmet*, se relame; para él, la felicidad viene a ser como una golosina.

—María Victoria—murmura—, ¿por qué es usted tan hermosa?

—¡Pscht!—hace ella, rayando el suelo con su lindo quitasol enano y grueso, semejante a un Buda orondo. Y añade, dirigiéndose a doña Irene—: Si se fatiga usted, quédese aquí. Yo voy a subir hasta el castillo con *Sanchico*..., con Modesto—rectifica.

—Llámeme usted como mis amigos mejores: *Sanchico*. Me gusta más.

Doña Irene, sin replicar, les sigue a discreta distancia. Es una sombra digna detrás de ellos, especie de sordina a sus incontinencias y vivacidades.

—Creí que no me era posible venir. Me han entretenido unas amigas estúpidas, de esas que charlan como cotorras, y charlan siempre de novios, de trapos y de películas. ¿No cree usted que las palabras, que valen tanto bien dichas, pueden emplearse mejor?

—Sobre todo—corrobora el caballero—, cuando sirven para expresar a alguien lo mucho que se le quiere...

—¿Y usted me quiere, *Sanchico*?

—Mucho, bestialmente, de un modo feroz...—confiesa, desatinado.

—A ver, a ver: dígame usted ahí arriba y sin gritar demasiado, porque tengo un oído finísimo, y si levanta usted el tono, podría, en vez de embelesarme, sentir miedo...

—¡Es usted muy cruel, María Victoria!

—Venga, venga por aquí... Mire el sol detrás de

esos ventanales góticos; parece que todavía tienen las vidrieras.

María Victoria sube un repechillo palmoteando. Al pie de los recios muros de sillería, patinados por el oro de los siglos, la vaporosa blancura de su veste le da aspecto brujo de aparición. Desde las barbacanas derruidas se derrama la yedra o elevan su altivez de penachos las ortigas. Entre las almenas del torreón del homenaje, se ve un nido de cigüeñas, tras cuyo borde asoma un trozo de cuello con enigmática curva de interrogación. El crepúsculo recorta la silueta del castillo, que se yergue aún austero y prócer. En los cubos han crecido los rosales silvestres, y en la hondura del foso, seco hace muchos años, se ha inmovilizado el agua olorosa de la hierba y del jaramago.

—¡Qué sitio tan romántico este! Me gusta más, mucho más, que la playa. Aquí se levanta el ánimo; se siente uno poderoso, hidalgo y aventurero. ¿No oye usted, *Sanchico*, los clarines y el son de las espuelas y de los atambores? Esto de *atambores* ya empieza por tener un ruido heroico, de hazaña y de bravura... Ande, dígame cosas; describame ese amor que me tiene... ¿Va usted a rascar el laúd o soplar la trompa? ¿Se siente usted esta tarde trovador o cruzado?

—María Victoria, no se burle de mí... Yo soy un buen chico que no sabe nada de nada, como no sea que está loco por usted.

Ella le contempla de repente con gran interés, como si nunca le hubiera visto. Doña Irene, lenta y fantasmal, vaga por el patio de armas.

—Si me correspondiera a mí hablar, *Sanchico*, mis

palabras brillarían ahora como lanzas y retumbarían como trompetas... ¡Mire qué a punto! Acaba de salir la luna... ¿No le conmueve el aspecto fantástico que están tomando todas estas ruinas? Pero ¡si seré boba!... Todavía no le he dicho a usted que yo soy terriblemente, irremediablemente romántica; soy, se lo confieso con toda mi alma, una cursi..., una sensiblera, lectora de folletines y de romances. ¿Usted no lee?

—Se me cansa mucho la vista—expone, ingenuo, el mozo.

—¡Ah!

Calla, ahogando un suspiro, quién sabe si de compasión o de desencanto.

*Sanchico* alza hacia la hermosa su voz cohibida:

—María Victoria, yo la adoro a usted...

Ella, despertando, se rehace con presteza:

—Pero explíquemelo bien, hombre. Con esta luna cualquiera se inspira... Ande, acuérdesse de Leandro, de Tristán, de Diego, de Romeo... ¿No recuerda usted algo de lo que decían aquellos enamorados, tan habladores, tan fogosos, tan simpáticos?

—No sé a quiénes alude usted. No los conozco, ni creo que me importe. ¿Para qué voy a pedir a otros lo que yo, sin que nadie me lo apunte, puedo ofrecerle a usted?

—Venga, venga pronto.

María Victoria cierra los ojos y adopta una actitud de languidez poética. Las trenzas—trenzas de Margarita—le caen ahora sobre el seno, como en un tercer acto de ópera. No hay ni en su voz ni en su continente nada que revele fingimiento. De la voz del hombre que está a su lado aguarda el rocío o el es-



polazo que despierte su alma al prodigio del amor.

—Yo, María Victoria, soy un hombre vulgar. Mucho es lo que tengo que decirle a usted; pero me parece que aquí hace ya demasiada humedad, y acaso, por ir tan ligera de ropa, se enfrie usted.

—Al grano, al grano...—apremia ella, sin abrir los ojos—. Voy bien abrigada.

—Yo la adoro a usted, María Victoria... Por usted no descanso, ni hago nada a derechas, ni duermo en paz. Me ha trastornado usted como una pesadilla. He adelgazado no sé cuántos kilos. No tengo gana de ir a ninguna parte como no la vea a usted. Le ofrezco un cariño hondo, firme, sin retóricas ni pamplinas, porque me gusta atenerme a la realidad, y sé que la vida no es ninguna novela ni muchísimo menos. Para alcanzar su afecto estoy dispuesto a todo. Me mataré de día y velaré de noche, en mi afán de que no carezca usted de nada. Seré su esclavo. Me tendrá usted siempre de rodillas, como ayer quería verme...

—Adelante, adelante... ¿Y qué más?

—¿Cómo que qué más?

—Sí; dígame algo más, mucho más... Que suene mejor, que sepa mejor, que...

Abre los ojos y ve a *Sanchico* atónito, encogiéndose desoladamente de hombros.

—¿No se le ocurre nada más?

—Yo... Verá usted..., María Victoria...

María Victoria se ha puesto en pie. La claridad de la luna baña su rostro, pálido y convulso. Está transfigurada. Y grita con acento en el que arde un asomo de ira:

—¡Doña Irene, doña Irene!

Corre a reunirse con la dama de compañía, a la que le asesta un empujón terrible:

—Vámonos. Ya es tarde...

Y volviéndose al desconcertado galán, le dice glacialmente:

—Buenas noches.

Corre, ingrátida, por el sendero reverberante, sin volver la cabeza. *Sanchico* queda pronto lejos. Doña Irene le desliza, cortés:

—¿Qué ha sucedido?

María Victoria se echa atrás las trenzas, en un arranque de iracunda nerviosidad:

—Ese pobre diablo nunca será nada, ni servirá para nada. Usará lentes toda su vida. No tiene imaginación... ¡Lástima de tarde!

---

---

#### IV

Han transcurrido varias mañanas, durante las cuales los cuatro amigos, cada vez más decididos a adueñarse del espíritu, inasible como un soplo, como una ola, de María Victoria, acudieron a verla nadar en la playa con alegre travesura de delfín. *Sanchico* no ha contado a ninguno de ellos lo sucedido. El que le conoce mejor no ha advertido en él más signo de alteración que el ansia de morderse las uñas: indicio de nerviosidad y aun de preocupación, que no deja de argüir, al propio tiempo, cierta urbanidad inconsistente. Pero ¿quién sospecharía nada funesto, si el mismo miope no atina a descubrir en la muchacha la menor sombra de desvío, preterición o antipatía?

Esta mañana, al despedirse los cuatro de ella, Santiago notó que le dejaban en la mano una bolita sedosa y tibia. Pretextando una cita urgente, el hombre echó a correr hacia los acantilados, y, ya solo, deshizo lo que él imaginaba misiva. Su vanidoso optimismo no le había engañado. Sobre las arrugas del papel, arrugas que se diría de cosa anciana y desvalida, resaltaba la juventud de una promesa: "Vaya usted esta tarde al campo, al del Casino, a jugar

una partida de *tennis* conmigo. Charlaremos.—*M. V.*”

Santiago, tan fuerte, se sintió desfallecer. Para él, la felicidad venía a ser algo muy semejante a un vahido... Vistióse el traje más fulgurante, armóse de las raquetas y pelotas más livianas, y aquí está, tendido sobre la hierba, delante de María Victoria.

Pero resulta que la pobre chiquilla trae vendado un ojo, y que tiene roja la cara, cubierta de un sarpullido antipático, y que el brazo derecho yace, sin gentileza alguna, apoyado en un cabestrillo. El horrible aparato lustroso, mermando con despiadado prosaísmo la belleza de María Victoria, desparrama en torno de ella la aflicción de las clínicas o de los hospitales. Hasta su misma fragancia, tan femeninamente sutil—regalo de los perfumistas más caros de la rue Royal—, queda como vencida y aherrojada por este olor farmacéutico, hedor de drogas y unturas que Santiago detesta ardientemente.

María Victoria corría esta mañana a caballo, después de bañarse, en la finca de unos amigos de su papá, y no sabe aún cómo se cayó. A punto estuvo de romperse el brazo y la pierna, e incluso se lastimó gravemente un ojo. Por fortuna, ninguna de las lesiones recibidas es de gravedad. La cosa no pasó de un susto, aunque de gran calibre. En casa no le permitían salir; sin embargo, ella, testaruda, deseosa de no faltar a la cita, acabó imponiendo su voluntad. Si se ha resignado a someterse al enojo del cabestrillo es por no pecar de imprevisor.

—Te confieso, Santiago—dice la atolondrada muñeca, tuteándole por seguir la moda—, que me espanta la idea de quedarme inválida o, lo que sería más horrible, fea del todo. ¿Me querrías fea tú?



—Yo te idolatraría siempre, María Victoria.

—Es que si yo me quedase sin la poca hermosura que tengo sería lo mismo que si a ti te quitaran la mucha fuerza que has adquirido.

—No importa. Yo no admiro en ti la belleza, con ser tanta.

—¿Pues qué buscas en mí entonces? Porque vosotros, los deportistas, sois tremendos. Acostumbrados a que se os admire por robustos, invencibles, vigorosos, despreciáis todo lo que parezca insignificante, contrahecho y pobretín. ¿O vas a negarme que la fuerza es una hermosura?

—Ya lo creo que es una hermosura; tal vez la mejor de todas—asiente el hércules, irguiendo instintivamente el torso, digno de Miguel Angel.

—¿Qué insignia llevas en la solapa?—inquire ella de pronto.

—Las de nuestro equipo. Son muy bonitas. Y me han costado lo suyo; quiero decir lo mío.

—¿A ver?

María Victoria abre el bolsón, y, de entre un revoltillo de fruslerías, extrae un par de lentes ahumados, de espantable color verdoso. Santiago la contempla muerto de horror. Está imposible así con aquella facha, de tal modo, que hasta su risa, tan luminosa, tan frívola, se ha convertido en una mueca lúgubre.

—Sí, chico; perdona que tenga que apelar a estos cristales odiosos — prosigue con sencillez—; pero ¿para qué voy a negártelo? ¿Qué conseguiría ocultándotelo si, un día u otro, acabarías por saberlo? Hace tiempo que no veo bien. Y no quiero decirte lo que sufro cuando pienso que, en plena juventud, porque no soy tan vieja como mis amigas aseguran,

puedo quedarme, si no ciega del todo, por lo menos, con la vista cansada, como un jefe de negociado... ¡Mira que yo con gafas! ¿Quién iba a soportarme así, quién se atrevería a hablarme de amor y de sueños bonitos, viéndome tan ridícula, con un par de redondeles montados en la nariz, lo mismo que una sesentona?

—¡Bah! Usa impertinentes.

—No me gustan. Los impertinentes son estúpidos. Dan una prosopopeya de niña cursi, de primer premio de piano o de sufragista. Prefiero los lentes, y presumo que habré de llevarlos sujetos con una cadenita, como los señores calvos que han sido presidentes de alguna Diputación provincial.

—¡Qué tonterías dices! Un buen especialista te arregla a escape.

—¡Qué sé yo!

Suspira, apenada.

—Pues ¿y el brazo? ¿Y si me quedo manca?... ¿Qué voy a hacer al lado de un hombretón como tú, fornido, sin un brazo? ¿No te entristece la idea de verme con la manga fofa, colgante, zarandeada por el viento? No; no me resignaría a salir a la calle. Me quedaría en casa, leyendo un libro de oraciones, bien calados los lentes...

Santiago calla, angustiadísimo, a pesar suyo. Ha palidecido ante la evocación de lo futuro, él, sanguíneo, insolente en su viril complexión de atleta. La verdad es que si María Victoria perdiese un ojo o un brazo en lo mejor de su edad... Esta mujer es demasiado temeraria, y no tendría nada de particular que alguna vez fuera víctima de un percance desastroso.

—Yo creo que debes dominarte algo—le exhorta él, con suasorio acento—. Eres muy valerosa y osada; pero los ejercicios de fuerza son más propios de nosotros, los hombres.

—¿Y me aconsejas tú esto? ¿Tú, que si me inspiras cierto interés se lo debes precisamente a tus puños, a tus bíceps, a tu pecho de gigante? Claro que—no me gusta fingirlo—la fuerza, como ya te he dicho en otra ocasión, no consiste solamente en dar patadas a un balón o derribar de un puñetazo al prójimo. El perdón, el optimismo, la lealtad, el espíritu de sacrificio, el interés por lo humilde y lo oscuro y lo feo, significa también fuerza...

—Bueno; pero no me negarás que mucho de eso es sensiblería, literatura, gansadas.

—Te diré. Llámame bachillera, si quieres... A mí, los hombres que lloran alguna vez me impresionan más que muchas mujeres. Yo no quisiera ir a ningún gimnasio donde me convenciesen de que es una debilidad conmovirse cuando se ve llorar a un niño. Si tú, tan hábil para manejar la raqueta, o el remo, o la pértiga, o el volante, miras con desdén a los que realizan mil esfuerzos que nadie suele ver para no pronunciar una palabra áspera, para no confesar su despecho, para no entristecer a los demás, te prevengo que empezarías a desagradarme.

—¡Bah! Eso es, María Victoria, blandura, ñoñería, cosa que no vale nada...

—Entonces, ¿a ti no te gustan los dramas, esos dramas que aprietan el corazón y nos hacen sentir la delicia de conmovirse ante los dolores ajenos?

—No voy nunca al teatro. No tolero más que las astracanadas; las obras cómicas que me regocijen y

distraigan. Para ver penas, tengo demasiadas a mi alrededor.

Ella le mira con fijeza. En su único ojo vivo brilla el asombro.

—Y los versos, ¿te gustan?

El despide una carcajada, con ímpetu de venablo:

—Me paso admirablemente sin ellos.

—¿Y el campo?

—El campo es inmejorable para que haya en él *villas* y palacios e hipódromos.

—¿Y el mar?

—Del mar lo que me gusta es la playa. En los días de regatas, el mar puede admitirse. Pero no me vengas con que si las noches de luna, y las puestas de sol, y el canto de los pescadores, porque todo eso son pamplinas de histéricos.

María Victoria torna a contemplarle. Santiago habla rudamente, sin eufemismos ni tolerancias.

—¿Tú crees que todo eso no vale la pena?

—En absoluto. Créelo; es que tú eres, a ratos, ¿cómo diría yo?, novelera, extravagante, caprichosa... Estoy por apostar que bebes alguna vez vinagre, como las románticas de algunos folletines, y que te gustaría que yo te dijese alguna memez muy poética, al pie de un cocotero... ¡No seas cursi, mujer! Tan bonita como eres...

María Victoria deja de sonreír:

—Yo dejaré de ser cursi cuando tú dejes de ser borricote.

—Oye, tú..., ¿a qué viene ese insulto?

—No mientas; yo no te he insultado.

Los dos, en pie, cruzan las miradas como floretes. Santiago está un poco pálido. María Victoria suelta

repentinamente la risa, y, frente al estupor de su amigo, comienza a desceñirse el cabestrillo, que arroja con furor al espacio. Después se quita de un tirón la venda que le cubre el ojo, y allá va, revoloteando con languidez de ave herida. Por último toma el par de lentes y, tirándolos a tierra, los pulveriza bajo sus chapines. Su farsa ha concluído. Entonces, cabal, sana, más bella, más arrogante que nunca, ahuecándose el cabello:

—Basta—dice con frialdad—. No sirves para actor; ni siquiera para novio.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo?—indaga el hombre, atónito.

—Digo que yo tengo la costumbre de imaginarme al hombre que habrá de ser mi compañero de toda la vida, y que para soñarte a ti hay que realizar demasiados esfuerzos. Como realidad, pesas más de lo justo. Mis sueños de novia no llegarán nunca a tantos kilos.

Se ha vuelto de espaldas, en busca de doña Irene. Santiago intenta seguirla.

—Quédate, te lo ruego. Ten el valor, ten la fuerza, ten el talento de quedarte.

Lo ha dicho con tal firmeza, que Santiago permanece inmóvil, arraigado entre la finura del pradín. Tiene crispados los puños. Si en vez de tratarse de una criatura frágil y bonita se las hubiera con un hombre, por amigo que fuese, le habría desmenuzado de un bofetón.

---

---

V

La terraza del Casino está animadísima. Toaletas lujosas, sombreros llamativos, mesitas atestadas de brillos, árboles enanos, árboles elegantes de salón, mutilados, sin frutos y sin sombra. Por entre el gentío destacan las chaquetillas rojas de los músicos. El estruendo delirante del *jazz-baná* hace trepidar las losas de mármol, sin interrumpir los discreteos sobre las golosinas de las mesas. María Victoria, en un ángulo, charla con Lázaro, y luce tantas joyas en las manos, que su palabra es toda ella un incendio.

—Pero ¿qué me dices, chiquilla?

—Lo que oyes, Lázaro. He vacilado mucho antes de revelártelo... Mi padre no tiene un céntimo; la única finca que le quedaba, la del Atanor, está hipotecada dos veces. La fábrica que tiene a medias con mi tío, pierde que es un horror. No nos queda más que esta apariencia que ves, por no hundirnos del todo.

El mocito, con los labios entreabiertos, inclina la cabeza.

—Hace tiempo que tenía pensado decírtelo... Esos tres amigos tuyos, insoportables por cierto, no me han permitido hablarte a solas, como yo deseaba,

hasta hoy. Si por mí fuera, a mí no me asusta la estrechez ni la miseria. Claro está que no hemos llegado a eso. Papá es fuerte aun, y ha pasado por situaciones peores que esta. Además, hay veces en que me irrita esta frivolidad, este quiero y no puedo de tantas gentes. No te rías; yo creo que en un piso tercero de una calle de segundo orden se puede ser feliz. ¿Qué carrera tienes tú?

—¿Yo? Ninguna.

—Bueno; pero ¿de qué vives? ¿Qué porvenir puedes brindar a una mujer?

—Chica, esas son preguntas de burguesita, que todavía no puedo contestar. Mi padre tiene algún dinero. Soy yo solo. Asuntos en qué distraerme no me faltan...

Sobreviene una pausa. El señor profesor del bombo, de los platillos, de los silbatos, de las cacerolas, de los *claxons*, de las contorsiones, poseído de demoníaca epilepsia, ahoga las risas de la concurrencia y sus corteses efusiones, tan animadamente prodigadas bajo esta claridad centelleante. Las primeras guirnaldas eléctricas perforan, con atrevida precocidad, el crepúsculo. En lo alto de unos mástiles, flámulas y banderitas retozan con el viento, estremeciéndose dichosamente.

Lázaro lanza a menudo unas miradas a la puerta del Casino que corresponde con la sala de juego. Es el más maduro y sagaz de los pretendientes de María Victoria. Su diestra, velluda y febril, lleva incansablemente el pitillo a la boca. Por entre una nube de humo, murmura:

—María Victoria, seamos francos. Todo eso que me cuentas me suena a exageraciones de tu corazón.

No hay que ponerse trágica. Acaso sé yo con más detalles que tú la situación de tu padre. Conozco a un agente de Bolsa, que es muy amigo suyo, y me consta que posee acciones de minas y de barcos en cantidad bastante para que tu porvenir no te arredre. No te alarmes... Además, en los ojos, esos ojos tuyos que no saben mentir, estoy leyendo la verdad. Y la verdad es que, digas lo que digas, eres una de las mujeres a quienes menos debe inquietar su posición.

—Te juro que no es así. Hace tiempo que mi vida es pura comedia. Yo sé las llantinas que me cuesta este amor mío al lujo y a la holgura. Este invierno fingiré mi padre un largo viaje al extranjero conmigo, y nos meteremos en un pueblucho de mala muerte, donde nadie nos conozca. No me obligues a contarte datos que me sonrojarían, y que sólo entre las cuatro paredes de una casa pueden sopor-tarse.

—Vamos; no te vengas con cuentos...

—No son cuentos, hijito... Mi padre está buscán-dome un buen partido... Se mata y pone en juego su habilidad para que a mí no me falte nada. "De tu distinción, de tu elegancia—me dice—, que hay ante todo que cuidar, depende tu porvenir". Es más; te lo prevengo para que no te pille de sorpresa: hace días anda recogiendo detalles de tu familia y de tí mismo. Le han dicho que tú, que vosotros, no andáis tan boyantes como parece.

Ha soltado estas palabras con un aire de inocencia, que si María Victoria no supiera mostrarse tan digna, aun en medio de sus genialidades más inesperadas, rayaría en el cinismo.

Lázaro se desconcierta ligeramente. Su instinto de cazador de dotes naufraga. ¿Qué clase de mujer



es esta? ¿Astuta, comedianta o doncellica estúpida?  
En aquel momento sale de la *sala del crimen* un

pollastre de rostro cenceño y magro. Se le acerca a Lázaro, y, sin recatar su fruición, le dispara:

—Están dándose las rachas de *color*, tú...

Lázaro se levanta, bien a su pesar. Luego, percatándose de que la circunstancia es seria, ocupa de nuevo su sillón de bejuco.

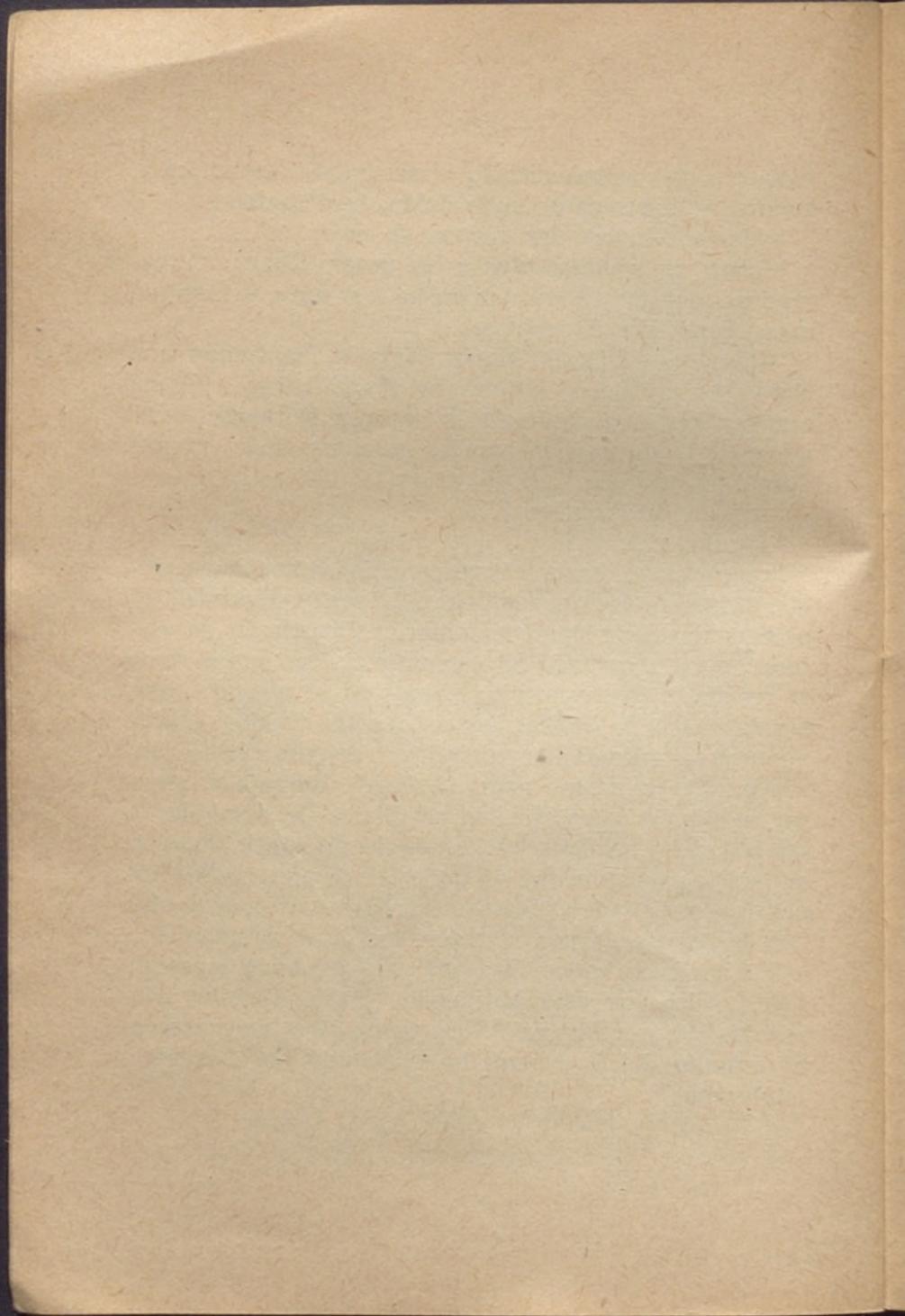
—No, no—le ataja María Victoria, sonriendo con clara benevolencia—. Vete. Me hago cargo... A mí también me gusta quitarle el dinero a la banca. Vete, pero cuida de aprovechar los minutos. Esas rachas duran poco.

—Si me lo permites...

—Anda, ve.

Lázaro huye hacia el salón, chispeantes las pupilas, trémulas las manos, ante la perspectiva del tapete cubierto de monedas. María Victoria le ve alejarse, sin curiosidad. Su estratagema no le dió todo el resultado que apetecía; pero sabe a qué atenerse. En su deseo de acabar de conocer al vividor, decide aguardarle todo el tiempo que su repugnancia le consienta. Ya la noche, azul, noche de opereta austriaca, se desmenuza entre los ramilletes de bombillas y las bolas de los laureles. El violín no logra imponer su sollozo sentimental. Cunde el vértigo entre las parejas que bailan. Suenan las detonaciones de las botellas. Arden, como retablos, los altos ventanales...

Y Lázaro no viene. Tal vez está ganando más que nunca. Tal vez está perdiendo. María Victoria cierra los ojos. ¿Divaga? No; tiene algo de jaqueca. El tumulto del *jazz-band* ha concluído por hacérsele intolerable.



---

---

## VI

Queda Francisco, el taciturno, el discreto, el más reconcentrado de todos los que ansían a María Victoria. Es el único que acude a la playa a la hora en que ella gusta de llamar la atención de *tiburones* y de parejas conyugales, internándose en el océano con su vehemencia espectacular de sirena. Los otros tres, escarmentados o dolidos, no han vuelto, y dedican su asiduidad a otras bellezas. *Sanchico* suele escribirle a María Victoria alguna carta melosa, prolija y desesperada, que no obtiene contestación.

¿Para qué seguir dialogando con este hombre, poco más o menos igual a todos los que hasta ahora ha conocido? Lo que más desazona a María Victoria es la monotonía. El amor con que sueña no guarda parentesco alguno con el que sus cortejadores le brindan. Todos, sin ostensibles variaciones, le dicen lo mismo. Cada vez que se ha acercado al corazón de uno de estos fantoches con apariencia humana, sentíase como en un bazar de frases hechas, de lisonjas cortadas a la medida, de suspiros y miradas y párrafos obedientes al mismo patrón. Si el amor es esto; si el amor no pasa de ser una musiquita reiterada ramplonamente, vaya enhoramala el tal amor.

Por curiosidad, sólo por curiosidad, le gustaría oír a Francisco. Pero... María Victoria está rabiando por amar, y ya el revoltoso vendado le inspira miedo. ¿Y si Francisco le reserva otra decepción, quizá la más dolorosa? Jamás se ha atrevido sino a mirarla en silencio, como abandonado a la delectación de un éxtasis que nada pide y lo otorga todo. En la playa se limita a enfocar los prismáticos y a saludarla con comedido acatamiento. Más de una vez María Victoria le ha visto vagar por las escarpaduras de la costa, acompañado de un perro, las manos a la espalda, con lentitud de misántropo. Una mañana, alejado de todo el mundo, construía, gravemente, túneles de arena. Siempre le asoma por el bolsillo un libro. No baila. No manotea al hablar. Pisa tácitamente. Se inclina a coger conchas y se aventura por las erizadas rocas, en las cuevas donde la resaca promueve clamores y las gotas del mar siguen labrando en la sombra y la calma el prodigio de sus estalactitas.

—¿Usted qué opina, doña Irene? ¿Le veo o no le veo?—suele consultarle a la discreta señora, siempre tan apagada, siempre tan borrosa en su condición de subalterna.

—No le vea usted, y así se evita otro desencanto.

—El caso es que Francisco me parece el más agradable de todos esos moscones que usted conoce.

—Pues véale. Así se evita otra preocupación.

—¡Ay, doña Irene! No tiene usted criterio fijo. En la vida hay que decidirse...

—A mi edad, señorita María Victoria, lo que usted llama indecisión es, en resumidas cuentas, tolerancia. A mí, cuando era joven, me atraía todo. Hoy



he visto que lo más sabroso de la vida es no enojarse por nada. Y no me pregunte usted más, porque voy a hacerme un lío...

—¿Le da a usted pena ir quedándose sin sus años mejores?

—Según lo que se entienda por años mejores. A mí todos me van pareciendo muy decentitos. Dígame usted qué hora del día le gusta más.

—La del mediodía... No; cuando amanece... Al ponerse el sol, que le da a las piedras el color de las rosas y les llena de juventud los ojos a los viejos... ¡Ea, que no lo sé; que yo también me atasco y enredo!

La señora de compañía sonríe:

—De todo tiene la viña del Señor... Yo leí una vez—no sé si en una obra de Shakespeare—, que la vida es un cuento idiota contado por un loco. ¡Echese usted a pensar!

—Doña Irene, esta vida es un jeroglífico. Yo no sé qué hacer. Nadie sabe lo que debe hacer. Mis amigas se dan mucha maña para ver lo que a mí me conviene; pero yo no acierto a conocer lo que me tiene cuenta. En cambio, veo a muchas amigas mías que se equivocan, y estoy segura de que si me escuchasen, atinarían. ¿Qué me aconseja usted? ¿Veo o no veo a Francisco?

—Echelo a cara o cruz. ¿A usted le gusta o no le gusta ese caballero?

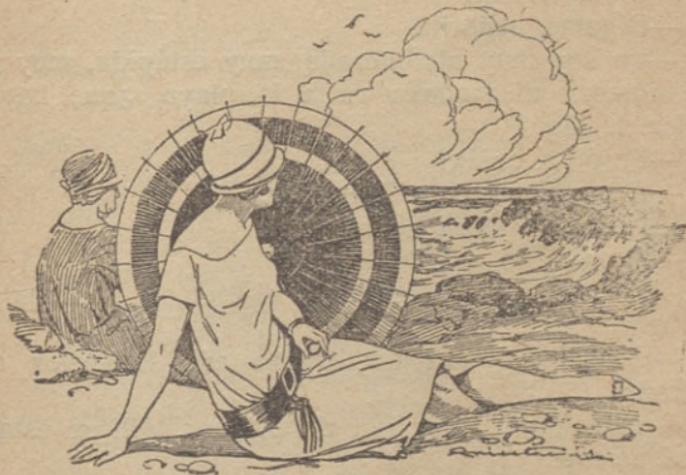
—Pues mire usted, bien pensado, lo que se dice bien pensado, reconozco que no me queda más remedio que echar mi pensamiento al aire a cara o cruz.

—¡Vaya por Dios!

—Y hoy sopla muy fuerte el aire.

—Pues póngale plomos a su pensamiento.

Ríe la señora; ríe a su vez la muchacha. Se ha tumbado en la arena, en lo más distante del gentío, frente a unos arrecifes sobre los cuales montan las



olas con felina y rugidora terquedad. Para preservarse del sol, que aun sofoca, ha abierto la sombrilla, y se entretiene en ver recortadas sobre la seda, a contraluz, las siluetas de los escasos transeuntes diseminados por aquellas soledades. Este espectáculo de sombras chinescas absorbe a María Victoria profundamente. Una mosca pósase en la copa de la sombrilla. Se ven con nitidez admirable, como si la seda herida por la luz fuese la lente de un microscopio, las patitas que se trenzan, las alas de redcillas primorosas, la trompa que sube y desciende, con la voluptuosidad de la sapiencia. El punto desapa-

rece de improviso y torna luego a fijarse en la tela. María Victoria está entretenidísima. Se complace en ahuyentar a la mosca, presintiendo que, al cabo de unos vuelos en espiral, ha de volver. Y cuando torna el insecto, ella siente un temblor de alegría.

—Doña Irene...

—Dígame, señorita.

—Yo soy muy atolondrada, muy estúpida, muy no sé cómo... Si mañana va a la playa, ¿qué hago? ¿Qué le digo?

—Pero ¿a quién?

—A ese hombre: a Francisco.

—No salga usted de casa.

—¿Y pasado mañana?

—Pasado mañana tomamos el tren, si don Pedro, su papá, lo permite.

—Considere usted que queda aún lo mejor del verano.

—Vámonos a la quinta del Atanor. Allí se estará divinamente.

—Es una idea. ¡Ha estado usted colosal! Vámonos.

—¿Ya?

—Sí, doña Irene. Vámonos a preparar las maletas. Usted lo sabe; usted me conoce bien... No hay nada más bonito en el mundo que preparar una maleta. ¡Andando, a casita, que llueve!

---

---

## VII

Metida entre aquellas hondonadas y espesuras, María Victoria hace una vida silvestre, infinitamente más grata que la de la Corte, apestosa a gasolina y a tes *dansants*. Se ha olvidado de la barrita embustera para los labios, porque se entretiene en vérselos relucir, ante el espejo del bolsón, untados con la púrpura azucarada de las moras. Le embelesa despegar a los caracoles de las hojas del helecho, y asustar a las lagartijas, siempre asustadizas, y retener entre los dedos ese soplo de crepúsculo que les tiembla en las alas a los *caballitos del diablo*. Por la penumbra de los robledos busca la voz susurrante de las cascadas, y con el mismo deleite se pára a escuchar la flauta del ruiñón que el rebuzno, lastimero y desconsolado, de los borricos de las granjas. La Naturaleza toda, profusa y múltiple, hospitalaria y sugerente, le sabe como una ambrosía, y le deja percibir blanduras de terciopelo. María Victoria siente como si por los poros del paisaje fluyera una paz jugosa, paz de pecho maternal henchido, de fruta agrietada por la madurez, de corola sudorosa de rocío. Y, acompañada de su lulú, esponjoso y olisqueador, que ladra menudamente a las mariposas y a los escara-

bajos, suele tomarle entre sus brazos, y se demora en acariciarle acometida de ternura indefinible, cual si la suavidad de la hora y de la campiña se hubieran condensado en aquellas lanas tibias y dóciles, que vibran de blancura.

Doña Irene sigue a la muchacha, leyendo un libro. Las golondrinas le rozan, en sus veloces vaivenes, el pecho, tal vez jugando a clavarle en él, con celeridad de puñalada, un grito de gozo.

Lejos de la ciudad, María Victoria no se acuerda ya de sus distracciones. Ama esta libertad sin protocolos en que viene viviendo hace unas semanas. No escribe a nadie. No lee ni periódicos. Sólo le contraría una cosa: que el verano vaya acabándose, doradito, oloroso y resignado, con la santa conformidad del niño juicioso que se duerme en su cura.

Una mañana, *Pichichi*, el lulú, se mete por entre unos setos y no vuelve. Cuando María Victoria lo advierte, ha transcurrido algún tiempo. De los cercados próximos se escapan ladridos furiosos, que van escalonándose, como las alarmas de los centinelas. Sobre los maizales, más allá de pinos y castaños, cierra el horizonte la línea cobalto del mar. Una carreta pequeñuca da tumbos por la carretera, prolongando el gemido de sus ruedas de una pieza, sin engrasar. El llanto aquel suena milagrosamente a broma.

María Victoria corre en busca de su perro favorito. Salta el seto, erizado de púas y rigores, como una prohibición, y se desliza por una pradera que el sol tiñe delicadamente de amarillo. La estampa tiene el virgilianismo de rigor: unos sauces curvan sus ramas perezosas sobre la corriente de un riachuelo, que bri-



lla entre la sombra con intermitencias de ascuas entre la ceniza. No lejos rumia una vaca, cuyo esquilón, contiguo al belfo, despide mansamente un tintineo pueril. En la semioscuridad del bosquecillo albea una sombra, paralizada por la sorpresa. María Victoria, que se dirigía hacia ella, no sabe seguir avanzando. En las sienes le zumban, a manera de abejorros, el júbilo y la turbación.

—Pero ¿es usted, Francisco?

Francisco, azorado, sonríe. Está en mangas de camisa con un libro en la mano. También ha palidecido; y aunque dueño habitual de sí mismo, la voz vacila cobarde cuando excusa su desaliño y justifica su presencia en aquellos lugares, a los que acudió ávido de soledades apaciguadoras.

—¿Por qué se marchó usted de la ciudad?

Francisco, ya repuesto, no vacila en decir la verdad íntegra:

—Huía de usted.

—¡Ave María! ¿Tanto le asustó?

—No; los que me asustaban eran los otros: sus pretendientes...

—¡Pobrecillos! ¡Dónde estarán ya!

—¿Los desdeñó usted? Me lo suponía.

—Mi cabeza loca... Porque usted me tiene, sin duda, por una atolondrada; una mujer de tantas, amiga del *flirt* y de la coquetería vulgar...

—No—afirma simplemente Francisco—. Es usted mujer, una mujer bonita, elegante e inteligente, y me parece bien que se divierta con los muchos mentecatos que Dios se ha servido poner alrededor de las mujeres.

—¿De las mujeres... como yo?

Francisco se encoge de hombros, sin que su cortesía le vede sonreír.

María Victoria se muerde los labios, un tanto picada. Y en uno de sus arranques, se sienta junto a su amigo, que está muy entretenido viendo rizarse el agua.

—¿Y no se aburre usted aquí, tan solo?

—No. ¿Por qué? El que se aburre es el que nunca sabe estar solo. Yo me llevo lo mejor posible conmigo mismo, y aun cuando algunas veces regañamos, concluimos por hacer las paces.

—Como buenos novios.

—Como buenos amigos.

—Es igual.

—Justo: es igual.

Ahora ríen los dos.

—Por lo visto—dice Francisco naturalmente—, no ha encontrado usted todavía su ideal...; quiero decir el hombre que la está buscando—María Victoria, calla—. Sospecho que es usted demasiado exigente...

—¿También me imagina usted rara, extravagante, sin seso tal vez?

—¡Oh, no! Nunca me ha parecido usted rara, María Victoria. Encontrar rara a una mujer equivale a verla sin verdadero entusiasmo. El amor es la cosa más vulgar de la vida; la más ramplonamente deliciosa, la más consabidamente decisiva... Yo no creo en las mujeres raras, sino en las mujeres, a secas.

—¡Ah! Pero ¿cree usted en ellas; usted, el misántropo, el huraño y mudo?...

—Sí; creo en las mujeres, a pesar de lo que de ellas han dicho tantos calumniadores y tantos apologistas. Y como creo en ellas, todavía aguardo a que

una sola entre todas, no sé cuál ni me importa aún, destruya en honor mío, misericordiosamente, la leyenda con que se me conoce, y me trueque de lacónico en locuaz, y de ogro en oveja.

—¿Y dice usted que no sabe cómo será esa mujer y que ni le importa *aún*?

—Así es. Se vive de un modo irremediable, y de irremediable modo nos trae la vida a todos lo que más puede convenirnos. Yo parezco un hombre ensimismado, y soy un asistente a una cita, que espera. Ningún reloj me ha dicho la hora en que sobrevendrá el acontecimiento, ni tengo carta alguna en que nadie me fije hora.

—¿Luego es usted un calmoso, un pobrecito filósofo, sin prisa ni curiosidad?

—Ni filósofo, ni escéptico, ni poeta. La vida es una complicación, desde luego divertidísima, y yo creo que el hombre debe cuidarse de simplificarla. Yo no embrollo el ovillo para que se me vuelva dédalo; al contrario, abarco el dédalo y me recreo en amasarlo, en ir sacando de él, lo mismo que de un copo, el hilo... Procedo al revés de muchos. Más que levantarles celosías y arcos a los rosales, me interesa aguardar a que brote, de lo pardo de la tierra, la rosa.

—A ver, a ver; eso no me parece mal.

María Victoria corrige su actitud, apercibiendo las manos sobre las rodillas, alargando el mentón, dispuesta, igual que en su infancia, a oír el cuento bonito. Francisco, sin afectación, con su gesto de hombre desprevenido, pero ilusionado, prosigue:

—María Victoria, no me apure usted demasiado pidiéndome unos párrafos de retórica ocasional. Yo

no tengo ningún programa trazado para enamorarme. Yo no tengo un patrón hecho para que a él se ajuste la mujer que habrá de ser mi compañera de toda la vida, la que se mire en mí como en un espejo y la que me ofrezca su buena voluntad con docilidades de espejo. Yo sé que me espera un dúo—el dúo inevitable y sabroso—. Ni le quiero precoz ni me seduce tardío. Como ya le dije que procedo al revés de todo el mundo, cuando veo que ese dúo no estalla, en mis octubres entrometo boberías de abril, y me consuelo pensando que cuando la buena hora llega no llega ni pronto ni tarde, sino siempre a su tiempo.

—De modo que lo mismo le da que la mujer que usted está esperando sea rubia que morena, alta que baja...

—Si me gusta, tendrá el color, la estatura, el talento y la belleza que ahora no consigo determinar. Lo único que a ella puede incumbirle es que llegue en el momento oportuno, como a mí me importa encontrármela en el instante señalado. Total: que ese dúo a que me refiero es una sencilla cuestión de coincidencia. Reconozco que mi teoría es vieja y trivial; pero es la que va mejor con mis ambiciones y mis conformidades. Y aquí me tiene usted.

—¿Esperando siempre?

—Esperando todavía. ¿No le digo a usted que estoy citado?

Tornan a reír los dos. La vaca desprende de su cuello el son geórgico del esquiloncillo. Sobre las piedras rebrincan las aguas transparentes. *Pichichí* ladra a lo lejos. La voz de doña Irené, estremecida

por la zozobra, solivianta este aire ledó de la pradera:

—¡María Victoria! ¡Señorita, señoritaaaaa!...

Ella renuncia pesarosamente a su postura, y exclama presurosa:

—¡Adiós!...

El, contrariado, intenta seguirla.

—No; no quiero que me vean con usted.

—Pero...

—¡Adiós! Ahí le dejo mi sombrilla.

—Pero...

—Vaya usted a llevármela a casa.

Y desaparece con ligereza de corza encantada. Distantemente suena un diálogo vivo. Doña Irene y María Victoria acaban por encontrarse.

---

---

## VIII

Francisco sigue aquella tarde el repecho que conduce al hotelito de María Victoria, blanco y azul, al través de la arboleda. Va a devolverle la sombrilla famosa. Francisco, por primera vez en todo el verano, silba compitiendo con los mirlos.

Ante la verja entrega el lindo juguete a una doncellita, con su tarjeta. A poco regresa la mujer:

—La señorita, que muchas gracias y que perdone que no pueda recibirlo. Tiene mucha jaqueca.

Francisco vuelve la espalda al edificio. Se encoge de hombros estoicamente. Esperaba otra cosa. Paciencia. María Victoria es así.

Pero al ir a torcer, oye una voz sofocada que venía siguiéndole:

—Señorito... ¡Señorito! La señorita María Victoria dice que sí, que vaya usted; que le espera... Quiere darle las gracias.

Francisco se encoge de hombros y sigue a la doncella. Tras los cristales del balcón del centro, un rostro acecha, recatado. Al pisar la arena del jardín, en el que saltan los surtidores y llueven su pedrería los pavos reales, Francisco vacila, desfallece un poco, siente que la garganta se le reseca. Nunca tuvo va-

lor para burlarse de los presentimientos. La hora de la cita, ¿ha sonado ya? Pocos peldaños tiene la escalinata de mármol; pero se complace en subir por ellos angustiadamente, y no tiene más remedio que reconocer que esta decisiva tarde de fines de estío, son muy pocos...

*E. Ramírez Angel*

---



**FIN**



# La "Editorial Atlántida"

ha puesto a la venta las siguientes obras:

## Memorias galantes del señor de Brantome

Prólogo, notas y traducción de

**ARTEMIO PRECIOSO**

DOS PESETAS EJEMPLAR

## Patria

tomo III de las obras completas del gran escritor cubano

**JOSÉ MARTÍ**

ordenadas y prolongadas por A. GHIRALDO

CINCO PESETAS EJEMPLAR

## La capa del estudiante

libro de versos por

**MARIANO TOMÁS**

TRES PESETAS EJEMPLAR

GRANDES EXITOS DE

## LA EDITORIAL "ATLANTIDA"

---

*Cielo y fango* (novela), por Alfonso Vidal y Planas.

*Un hombre visto por dentro* (novela), por Rafael López de Haro.

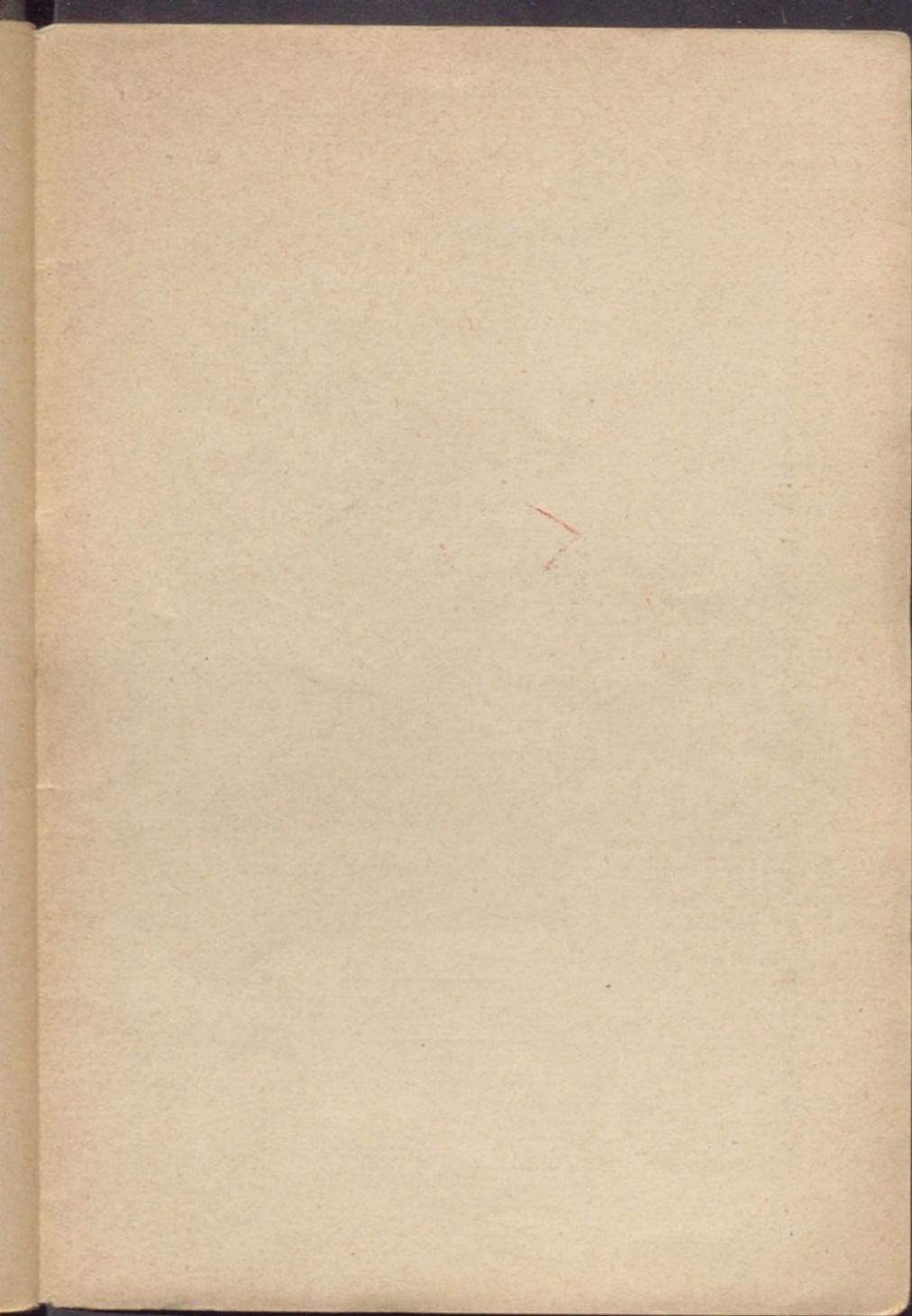
*Hidalgo Hermanos y Compañía* (comedia dramática), por Felipe Sassone.

*Los cuervos manchan la nieve* (novela), por Fernando Mora.

*Clara Porcia* (novela), por Gutiérrez Gamero (de la Real Academia Española).

*Sátiras y diatribas*, por M. Benlliure y Tuero.

*¿Qué es España?*, por Marcelino Domingo.



Muchas Gracias...



...Es la revista cómico-satírica más pulcramente pi-  
sareca de España.

Vale mucho más, pero se vende al precio de treinta  
céntimos el ejemplar y aparece los sábados.

---

**Director:** ARTEMIO PRECIOSO

---

*Redacción y Administración:*

CALLE DE MENDIZABAL, 42.—TELEFONO 24-53 J

---

Imp Artística de Sáez Hermanos. Norte, 21.—Madrid.